

contorno don bosco

matías piccolo



UNO. Sigue pasando el haz de sol después de ciento diecinueve años por el redondel en medio de aquel jopo de piedra. Le digo así al promontorio con el que la balaustrada de una gran construcción de dos plantas para residencias individuales y negocios remata la esquina noroeste del cruce de las calles Salta y Corrientes, a unos ciento veinte metros de la que fue la estación de trenes Rosario Central y donde ahora funcionan unas oficinas descentralizadas del gobierno de la ciudad, casi a la orilla del río y a otros ochocientos y pico de metros de la primera isla.

Caminaba hacia mi casa, subiendo por la vereda impar de calle Salta antes de Corrientes, y al bajar el cordón para cruzar, un destello, algún efecto de la luz me hizo mirar hacia allá arriba y me incrus-

tó, diría subliminalmente, los números, o el número, porque enseguida leí una fecha: 1891, como esculpida en piedra sobre un rectángulo en relieve con charreteras a cada lado. Me sorprendió no haberla visto antes ahí arriba. Seguro no debe ser una sucesión de cuatro números cabalísticos, en cuyo caso se estarían derrumbando todas mis presunciones.

Me resulta raro no haber visto antes esa fecha, porque sí había notado el peñón gris amarronado y húmedo; desde mi terraza hacia el Este lo veía, en medio del valle de los edificios y el serrucho de los balcones, con el círculo calado en escorzo que yo pensaba entonces era un óvalo. El descubrimiento carga una relativa importancia porque me apunta una fecha del siglo XIX, que deduje era el año de ejecución del inmueble, y porque así data la edad del barrio y una cierta conciencia de la historia de la ciudad. Volviendo hacia atrás, cruzando Corrientes hacia la vereda par de Salta, caminando unos 40 metros, hay una casa que debe ser algo *art nouveau* y que también tiene una fecha, sobre la tercera puerta dice: «R. Araya.

Ingeniero, 1913». Estaría bien que todos los inmuebles tengan, como estos, la fecha de construcción en algún lado. Podrían tener el dato de construcción, apenas el dato, en un zócalo de quince por doce centímetros, accesible para el que se interese, pongamos por caso a un metro veinte de altura, informando año, proyectistas, constructores e inversionistas.

En fin, esa fecha materializada en el relieve de aquel «frontis» debería poner de manifiesto algo más. Por ejemplo, que mi percepción de la ciudad real se acota a lo familiar y cómodo de la rutina diaria. Como sea, me sorprende que hace 120 años ya existieran estos edificios de dos plantas para residencias individuales y locales de comercio, registros de una incipiente densidad urbana.

Este de 1891 tiene entradas por calle Salta desde el 1430 y por Corrientes hasta el 170, ocupando un lote de unos cuarenta metros de lado. Abajo hay negocios: una farmacia en la esquina, por Salta un restorán, por Corrientes un taller mecánico, un local de máquinas para limpieza industrial y arriba de todo



eso una academia de danzas o lo que sea que haga mover los cuerpos a determinado ritmo y siguiendo determinada coreografía (me entero después que se trata del Club Argentino Brasileño); más allá, al final del edificio hacia Jujuy, algún depósito y garaje. Deben haber funcionado unas ocho viviendas independientes reunidas bajo la morfología del mismo edificio, con los usuales detalles de pilastras y bordes adornados, marcos, balcones livianos en herrería, aberturas con persianas de cuatro hojas articuladas



de madera y buena carpintería en las puertas de ingreso. Todavía deben tener uso de viviendas permanentes, supongo, las plantas altas, y quizá para piezas de alquiler también.

Los más notorios de estos edificios, que se construyeron entre 1880 y 1920, son los que están ubicados en grandes lotes esquineros y presentan dos frentes, creciendo hacia las dos calles en un conjunto unificado por la ornamentación. La mayoría consta de dos plantas: abajo van los locales para comercio

y arriba las viviendas o conjunto de piezas para pensión. No pude encontrar una denominación exacta para estas «casas viejas», como siempre las llamé, aunque les ajuste ahora una designación inmobiliaria: «edificio para renta». Es que dentro de la general categoría de «casas viejas», hay unas cuya estructura, ornamentación y estética las unifica y pueden verse materializadas tanto en una casa tipo chorizo de una sola planta, como en estos grandes edificios que parecen agrupar cuatro o seis de aquéllas en un conjunto horizontal de dos plantas. Me animaría a decir que su característica es que no se las puede declarar exclusivamente *art decó*, *art nouveau*, *modernismo*, *academicismo*, *neoclasicismo*, o que, en todo caso, podrían llegar a materializarse con algunos escuetos gestos de esos órdenes, pero su generalidad estética y distributiva representa la manera estándar y no específica de construir en una época.

Pero la palabra «edificio» trae al presente y pareciera opacar la noción de «casas» que más bien sugieren estas viejas residencias, aunque tampoco «casa»

da la idea de grande y de conjunto que presenta el rótulo de «edificio» que, sin embargo, tiende a la imagen del consorcio de departamentos común y vertical. El edificio para renta por aquel entonces, en la bisagra de los siglos pasados, era un condominio horizontal y con una capacidad para cuatro, seis u ocho células habitacionales. A medida que corre el siglo XX, la idea crece en altura apilando plantas y más células y ya no tiene que ocupar muchos lotes. La forma de hoy en día de esos edificios para renta es bien ubicable en los prismas verticales con un promedio de 10 pisos y tres o cuatro células por planta con cajoneras de balcones, que han venido levantándose desde la década de los años 70 del siglo pasado, como respuesta al proceso acumulativo del espacio capitalista que va generando una densificación endocéntrica para materializar un sector de cumbre en la ciudad.

Una respuesta grandilocuente, onerosa y moderna a todo este asunto, aquí mismo y en la esquina opuesta hacia el principio de Corrientes y Jujuy, donde comienza la Av. del Huerto, es aquel edificio



alzando (111 años después de este otro y en un lote menor, unos 35 metros por lado) más de 90 unidades de vivienda en 33 pisos y 115 metros de altura, distribuidas en dos cuerpos individuales: el Punta Divisadero sobre la esquina y el Buenaventura Guaraní hacia el Este por Av. del Huerto.

Sucede que el río es la vedette para que trepe el precio de la propiedad y por eso se irá levantando, en realidad está completándose, un gran paredón habitacional con un promedio de 70 metros de altura cuyo fuerte es no tener nada por delante que pueda bloquearle la vista del Paraná y sus islas. El atractivo más notable de esta zona del centro al borde de las barrancas, y más allá de las ventajas de los servicios socioculturales de cualquier centro urbano, es el de poseer la parte más arreglada de parque fluvial donde la mirada se distiende a cielo abierto y descansa en un horizonte de líneas verdes y marrones.

DOS. Hace ya unos cuatro años que estoy en lo que me gusta denominar contorno Don Bosco, en la